

LUNES DE LA XIV SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Par)

Mateo 9, 18-26

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba, se acercó un jefe de los judíos que se arrodilló ante él y le dijo: «Mi hija acaba de morir. Pero ven tú, impón tu mano sobre ella y vivirá». Jesús se levantó y lo siguió con sus discípulos. Entre tanto, una mujer que sufría flujos de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y le tocó la orla del manto, pensando que con solo tocarle el manto se curaría. Jesús se volvió y al verla le dijo: «¡Ánimo, hija! Tu fe te ha salvado». Y en aquel momento quedó curada la mujer. Jesús Llegó a casa de aquel jefe y, al ver a los flautistas y el alboroto de la gente, dijo: «¡Retiraos! La niña no está muerta, está dormida». Se reían de él. Cuando echaron a la gente, entró él, cogió a la niña de la mano y ella se levantó. La noticia se divulgó por toda aquella comarca.

Hoy nos encontramos con dos milagros de Jesús en el Evangelio de Mateo, que nos hablan profundamente sobre la fe y el poder sanador del Señor. Estos relatos no solo muestran el poder de Jesús sobre la enfermedad y la muerte, sino también la importancia de la fe en nuestra relación con Dios.

En primer lugar, vemos a un jefe de los judíos, probablemente un líder de la sinagoga, que en su desesperación viene a Jesús, postrándose ante él y pidiéndole que resucite a su hija. Este acto de humildad y fe es significativo. Este hombre, a pesar de su posición, reconoce la autoridad y el poder de Jesús. Su fe es tal que cree que Jesús puede devolver la vida a su hija muerta.

Por otro lado, vemos a una mujer que ha sufrido de una enfermedad por doce años. Ella se acerca a Jesús con la convicción de que solo con tocar el borde de su manto será sanada. Su fe es sencilla pero poderosa, y Jesús la reconoce y la recompensa: "Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado".

En ambos casos, el poder de Jesús se manifiesta de manera impresionante. La mujer es instantáneamente sanada y la hija del jefe judío es resucitada. Estos milagros demuestran que no hay límites para el poder de Jesús. Él tiene autoridad sobre la vida y la muerte, y puede sanar cualquier enfermedad.

Pero más allá de los milagros físicos, estos relatos subrayan la importancia de la fe. La fe de la mujer y del jefe de la sinagoga son ejemplos para nosotros. La fe no es solo creer que Dios puede hacer cosas extraordinarias, sino confiar en Él en nuestras circunstancias más difíciles. La fe es acercarnos a Dios con humildad y confianza, sabiendo que Él tiene el poder y el amor para intervenir en nuestras vidas.

¿Cómo está nuestra fe? ¿Nos acercamos a Jesús con la misma confianza y humildad que el jefe de la sinagoga y la mujer enferma? En momentos difíciles, ¿buscamos a Jesús como nuestra primera opción, o como último recurso?

Ahora celebramos la Eucaristía. Nos vamos a acercar a Jesús, y lo tendremos delante en persona, igual que los personajes del Evangelio. Acerquémonos al Señor mirando y aprendiendo de María, con confianza y con humildad, y abandonemos en sus manos nuestras vidas, para que su poder nos transforme según su voluntad.